

Entre el sueño y la poesía

FRANCISCO JAVIER ZULUAGA ZULUAGA

Había ingresado a la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, cuando conocí al poeta Aurelio Arturo.

Esto fue en la cercanía de la década de los años 50, en el café Asturias, cuartel del movimiento de "Piedra y Cielo"; allá en la calle 14, vía abierta al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Esta amistad se hizo más íntima cuando un grupo de intelectuales de diversas corrientes, promovimos el proyecto de invitar a una serie de conferencias al Apostol de la no violencia, cuya conexión se hizo por intermedio de Victoria Ocampo, directora de la revista "Sur" de Buenos Aires. Este conferencista fue Lanza del Vasto, poeta metafísico, descendiente de un célebre trovador del siglo XII, errante por la cuna de las viejas religiones del mundo, ya que había convivido con los monjes del Ganges y había puesto sus sandalias en el polvo sagrado de Jerusalén.

Desde entonces sentí, muy de cerca, el aliento vegetal de la poesía de Aurelio Arturo. Su forma y vocabulario personales, en mi concepto, constituyen un capítulo aparte de aquel movimiento renovador de "Piedra y Cielo". Su mensaje poético, a su manera, significa una rehabilitación del sentimiento en contrapunto al trabajo frío y medido de la inteligencia.

Por la comarca iluminada de su *Morada al Sur*, ascienden las hierbas jadeantes y el huracán de los jóvenes caballos. De la intimidad de su acento, de la velada morada de su vida interior, brotan todas aquellas criaturas familiares y la singular riqueza imaginativa de todos aquellos objetos que pueblan su universo. El blanco muro, la callada estrella azul que asciende por el horizonte, el viento, la

pedra, las lluvias sempiternas y los millares de hojas quietas, son los elementos de que se sirve el lenguaje de su sabiduría poética. Son los signos de su alfabeto que tienen el rumor de un angel que esconde sus alas en un profundo armario.

Los días, oro y niebla, días que uno tras otro son la vida, lo llevaron a la noche honda y grave de la muerte, a la tierra dulce y suave que, como en el drama de Anteo, hijo de Poseidón, le comunica toda su fuerza a su poesía. Desde allí cobra fuerza su canto de caracteres universales que no podrán suprimir los bárbaros Heracles bajo la remota luz de una tarde de invierno.

Le sobreviven el poema y el personaje. Saulo todavía trabaja en el sur bajo la noche balsámica, ya que "trabajar era bueno en el sur, cortar los árboles". En el sur de finas maderas y de ligeros rebaños de nubes, donde parece que principia la eternidad, la eternidad de la poesía.